

En medio de la balumba de poesía que los tiempos nos han echado encima, con sus retahílas recortadas en versos, generalmente sólo tipográficos, de imágenes a veces ingeniosas, casi nunca vivas y «nacidas del río», y de vagos filosofemas intercalados, que a veces parece que dicen algo, porque están en poesía, que, si estuvieran en franca prosa, sonarían a tópicos triviales, una balumba creciente que me ha hecho aborrecer la poesía, he aquí que nos vienen estos poemas de Luis Alfonso Díez, que por lo menos son algo netamente distinto y ensayan otras vías ajenas a la poesía de los tiempos me temo que con malas consecuencias para su éxito en los medios literarios contemporáneos.

No es que en los versos de Luis no abunden las imágenes, con frecuencia no sólo ricas y ocurrentes, sino que saben a trato sensitivo con las cosas, sean las de la torre o sierras de su Tábara, sean las de trenes o cafeses del mundo que al roce de su ruta le han dejado llagas; ni tampoco que falten ahí las meditaciones acerca del mundo, vida o muerte, que, por el contrario, no sólo hacen de por sí poemas soliloquiales, generalmente en forma de diálogo con otros o con otro que es uno y su contrario, sino que a veces desbordan a los del tipo más bien de canción, de modo que así, en unos u otros, en vez de sonar ningún saber, suene lo que más vale, la pregunta.

Pero es que, antes que todo eso, ha despertado Luis al reconocimiento de la verdad de Perogrullo, oculta en la literatura dominante bajo cosas como el mensaje, la expresión, la visión, la fuerza, el estilo, de que la poesía son palabras. Y así se ha dedicado fervorosamente al arte de jugar con las palabras, no ya de los significados que puedan tomar las realidades de uno u otro idioma, sino lo más elemental y palpable en el aire, el silabeo rítmico, los choques y enlaces de fonemas y acentos con la articulación del ritmo, y también la concordancia o discordancia de las frases de la lengua con los cortes y retornos musicales de versos y de estrofas.

Y serán más o menos afortunados en unos y otros casos los resultados que de esa labor hayan salido, más o menos lo que los lectores habituados a la poesía literaria puedan disfrutar de ellos; pero, en todo caso y por lo pronto, ese juego métrico y versificatorio con las leyes de la lengua y las de la música tiene la virtud de que es un estorbo a que el poeta se exprese libremente, a que diga lo que quiera y nos cuente su visión personal del mundo y de la vida.

Pues ello es que la que sabe hablar (y cantar) es la lengua común y corriente, y el poeta, con su necesidad de expresarse y ser alguien en el mercado, con la carga de ideas impuestas que consigo arrastra, es un pesado estorbo para dejar a la lengua que cante ni que hable. El arte de quitarse de en medio es toda la técnica y sabiduría que al poeta se le pide: es un arte larga y de paciencia sin fin enredada con la pasión del juego y de sus trucos. En ese arte los versos de Luis se ejercitan y se les desea que se sigan ejercitando.

*Agustín García Calvo
Madrid, Enero de 2009*

Para Agustín García Calvo, *in memoriam*.
Pues en este rocío,
mirada de cristales por la tierra,
lámina en donde, por su solo arbitrio,
liquida la mañana de las sombras
los últimos resquicios,
y en el muñón del rosal junto a las piedras,
el manzano sin flor
y el fresno entelerido,
allí donde vomitan,
donde se vierten de la helada negra
su panoplia de alambres,
su gélido cuchillo;
pues allí justamente,
allí nos ves, purificado, exento,
mirándote ateridos,
allá, donde retumba,
allí, sí, tu voz recia,
el estro saturnal que volcó a tu palabra
en su áspera corteza y en su meollo rico;
y es justo entonces cuando, sí, desde lo más hondo
de tu greda tú te alzas,
te yergues sin aviso,
sin aviso te yergues,
de este, tras ti, tan largo e inacabable invierno,
donde se exhalan desde
las muy negras heladas la cauda y el martirio
de un vaho de desespero,
sucio y tiznado de blanquiamarillo,
pues allí os veo a los dos, sí, los dos ojos,
impasibles mirando, tan escudriñadores,
serenos de tan fijos,
inquiriendo de nuevo preguntas sin respuesta
— desde siempre el regalo
de eterno manantío—,
cristales límpidos por tu sacrosanto suelo,
prendidos alfileres
de esquirlas de rocío
por tu tierra y tu greda,
ristra de dulciamargas perlas sonajeando,
lejos, en campo abierto de asfodelos,
médanos del olvido.
Luis A. Díez Pérez